Los dientes de los ángeles

Jonathan Carroll

Traducción de Omar El-Kashef

Para Bunny y Charlie,
sus manos sobre nuestros rostros para siempre,

y para

Richard y Judy Carroll, Rita Wainer y
Herb Kornfeld.

Apresúrate, amiga Muerte,
señora Tiranía,
cada mensaje que lanzas
es un baile,
la contracción de un pez,
una pequeña danza de la entrepierna.
—*Godfather Death,* de Anne Sexton

Los dioses solo saben competir y atronar.
—*Gilgamesh*

Primera parte

Wyatt

Sophie,

Acabamos de regresar de Cerdeña, donde teníamos planeado pasar dos semanas, pero de donde finalmente nos hemos marchado al cabo de cinco días porque es una isla horrible, querida. Te explico. Siempre me han gustado libros como *El mar y Cerdeña* o *El coloso de Maroussi*, donde escritores famosos describen lo maravilloso que era estar en islas toscas y salvajes hace cuarenta años mientras las nativas lucían sus dorados *topless* y los almuerzos costaban menos que un paquete de cigarrillos. Así que, tonto de mí, leí esos libros, hice el equipaje y huí (tal cual) al sur. Solo vi mujeres, sí, mujeres tanque alemanas de doscientos kilos de Bielefeld, con unos pechos tan enormes que podrían hacer *surf* con ellos si tan solo se pudieran poner a flote, almuerzos más caros que mi coche nuevo y hospedajes a los que querrías enviar al peor de tus enemigos. Y entonces, como tengo la memoria floja, siempre me olvido de que el sol de estos

climas sureños es tan engañosamente cálido que te fríe inexorablemente en unas pocas horas. Por favor, contempla mi cara rojo volcán. Gracias.

No, he pasado los cuarenta y tengo todo el derecho a «decir sencillamente no» en lo sucesivo a cosas como este tipo de viajes. Cuando conducíamos de regreso le dije a Caitlin: «En las próximas vacaciones nos vamos a la montaña». Luego, fíjate qué cosas, llegamos a una posada al pie de las montañas, cerca de Graz, al borde de un sinuoso arroyo que olía a humo de madera con un toque de estiércol. Había manteles a cuadros rojos y blancos, un dormitorio en el piso de arriba desde donde se podía contemplar el arroyo a través de un bosquecillo de castaños mecido por el viento, y bombones de chocolate en envoltorio plateado sobre las almohadas. No hay nada como el hogar, Totó.

Durante nuestra estancia en Cerdeña pasamos mucho tiempo en un café bar que resultó ser lo único agradable del lugar. Se llamaba Spin Out Bar, y cuando los dueños descubrieron que éramos estadounidenses nos trataron como a auténticos héroes. Uno de ellos había estado en Nueva York años atrás y había pegado a la pared un mapa de Manhattan lleno de señales rojas para demostrar a todo el mundo que había estado allí.

De noche nos liábamos unos canutos y hacíamos un poco el gamberro, pero aparte de los surfistas nórdicos y un exceso de gente gorda con pantalones llenos de motivos florales, conocimos a gente interesante. Nuestros favoritos eran una mujer holandesa llamada Miep, que trabajaba en una fábrica de gafas de sol en Maastricht, y su compañero, un inglés llamado McGann, y ahí, amiga mía, es donde empieza la historia.

Para empezar, no éramos capaces de imaginarnos qué demonios hacía Miep en Cerdeña, puesto que siempre decía que el sol no le hacía demasiada gracia y nunca se metía en el agua. Ella nunca decía nada más, pero McGann creía pertinente añadir: «Lee mucho, ¿sabéis?» ¿Qué leía? «Abejas. Le encanta estudiar las abejas. Cree que todo el mundo debería fijarse en ellas, porque saben cómo hacer que la sociedad funcione como es debido.» Por desgracia, ni los conocimientos de Caitlin sobre abejas ni los míos pasaban de aguijones y tipos de miel, pero Miep casi nunca decía nada acerca de sus libros o sus abejas. Al principio, apenas decía nada de nada y dejaba que su amigo llevara el peso de la conversación, cosa que el otro hacía con alarmante gusto.

Sabe Dios que los ingleses son buenos conversadores, y cuando están graciosos te pueden matar de risa cada cinco minutos,

pero McGann hablaba demasiado. Nunca se callaba. Llegaba un momento en el que lo dejabas seguir mientras mirabas a su amiga, que, más que amiga, parecía un adorno. Lo triste es que entre toda esa palabrería había un tipo interesante. Trabajaba en Londres como agente de viajes y había estado en lugares fascinantes (Bután, Patagonia, el norte de Yemen). También contaba historias que no estaban del todo mal, pero cuando hablaba de la ruta de la seda o de la vez que se quedó atrapado en un monasterio budista por culpa de una tormenta de nieve, inevitablemente te dabas cuenta de que ya había arrojado tantos y tan aburridos detalles, que habías dejado de prestar atención seis frases atrás y te habías sumergido en tu propia imagen mental de un monasterio enterrado en la nieve.

Un día, fuimos a la playa y nos quedamos demasiado tiempo (ambos regresamos a casa rojos como cangrejos y de muy mal humor). Estuvimos arrojándonos quejas y reproches hasta que Caitlin tuvo la feliz idea de ir a cenar al bar, porque se estaba celebrando una fiesta con parrillada de la que no había dejado de hablar desde que llegamos. Las fiestas con parrillada no son precisamente la idea que tengo yo sobre el nirvana, especialmente entre extranjeros, pero estaba seguro de que si nos quedábamos en nuestro estéril

bungalow una hora más, acabaríamos peleándonos. Así que accedí.

«¡Hola! Ahí estáis. Miep supuso que vendríais, así que os hemos reservado unos sitios. La comida está muy buena. Probad el pollo. Dios, ¡menudas quemaduras! ¿Habéis estado fuera todo el día? Recuerdo que la peor quemadura de sol que tuve...» solo es parte del saludo que nos ofreció McGann desde el otro extremo de la sala cuando entramos. Nos llenamos los platos y fuimos a sentarnos con ellos.

A medida que progresaban McGann y la noche, mi buen humor fue desmoronándose. No me apetecía escucharlo, no quería estar en aquella isla infernal, ni me agradaban precisamente las veinte horas de vuelo que me separaban de casa. ¿He dicho ya que cuando regresamos al continente en el *ferry* nocturno ya no quedaban camarotes, por lo que tuvimos que dormir en bancos? Pues así fue.

En fin, podía sentir que me estaba quedando sin resuello y estaba ansioso por desahogarme con una rabieta. Cuando estaba a tres segundos de hacerlo con McGann y decirle que era el tipo más aburrido que había conocido en mi vida y que si se podía callar, Miep se volvió hacia mí y me preguntó: «¿Cuál ha sido el sueño más extraño que has tenido?». Retenido tanto por la pregunta, que estaba

totalmente fuera de lugar, como por el hecho de que su compañero se había puesto a hablar sobre no sé qué de cremas solares, pensé en ello. Casi nunca me acuerdo de mis sueños. Cuando lo hago, son aburridos o inimaginablemente sexuales. El único raro que me vino a la mente fue aquel en el que estaba desnudo, tocando la guitarra en la parte de atrás de un Dodge con Jimi Hendrix. Jimi también estaba desnudo, y debimos de tocar *Hey Joe* diez veces antes de que me despertara con una sonrisa en la cara y apenado porque Jimi estaba muerto y nunca llegaría a conocerlo. Se lo dije a Miep, quien me escuchó con suma atención. Entonces le hizo la misma pregunta a Caitlin. Ella le contó ese sueño en el que tenía que hacer una tortilla gigante para Dios e iba por todo el mundo en busca de los huevos suficientes. ¿Recuerdas cómo nos reíamos con eso?

Cuando le contamos nuestros sueños, ella respondió con un profundo silencio. Incluso McGann dejó de hablar. Me di cuenta de que miraba a su compañera con una expresión ansiosa e infantil. Era como si estuviese esperando que empezara el juego que tocaba a continuación, fuera el que fuese.

«Sueños. Así es como Ian y yo nos conocimos. Yo estaba en Heathrow, esperando para tomar el vuelo de regreso a Holanda. Él estaba a mi lado y vio que leía un artículo

sobre los "sueños lúcidos". ¿Sabes qué es? Te enseña a mantener la consciencia durante tus sueños para que puedas manipularlos y utilizarlos. Empezamos a hablar de la idea y me aburrió mucho. Ian puede ser muy aburrido. Es algo a lo que hay que acostumbrarse si se quiere estar con él. Aún me cuesta, pero ya hace una semana y estoy mejor.»

¿Una semana? ¿Qué querían decir con eso? Les pregunté si solo llevaban ese tiempo juntos. McGann comentó que Miep regresaba de una convención de apicultores en Devon. Tras su conversación se ofreció a acompañarlo.

«¿Así de fácil?», pregunté. «¿Te vienes aquí con él en lugar de volver a casa?» Caitlin no solo se lo creía, sino que estaba encantada. Cree a pies juntillas en los encuentros casuales, en accidentes maravillosos y en la posibilidad de llegar a amar tanto a una persona que puedes aprender a vivir con sus defectos, por grandes que sean. Lo que más me sorprendió es que, después de irse con él hasta allí, admitiera lo aburrido que es. ¿Es así como se sella el vínculo del amor a primera vista? «Sí, volemos juntos, cielo, te quiero con locura y trataré de acostumbrarme a lo aburrido que eres».

«Sí, después de que Ian me hablara de sus sueños, le pedí permiso para acompañarlo. Lo necesitaba.»

Y yo le dije a McGann: «Debiste de tener un sueño muy fuerte». Me miró con llaneza, cordialidad y seguridad, aunque todo ello muy mitigado, como un cartero cuando te entrega el correo a primera hora o un vendedor de licores capaz de recitar de carrerilla treinta marcas diferentes de cerveza. Asumí que era un buen agente de viajes, a la altura de sus precios y de lo que alardean los panfletos, un hombre capaz de escoger unas buenas vacaciones para alguien sin demasiado dinero. Pero no impresionaba en absoluto y no paraba de hablar. ¿Qué sueño habría tenido para convencer a esa bella y misteriosa holandesa de que lo dejara todo y lo acompañara hasta Cerdeña?

«Tampoco es para tanto», dijo él. «Soñé que estaba trabajando en un despacho, no en mi trabajo, sino en otro lugar, pero ninguno en especial. Entró un hombre que sabía que había muerto hacía mucho tiempo. En cuanto lo vi, supe que había regresado de entre los muertos para verme. Se llamaba Larry Birmingham. La verdad es que nunca me gustó. Era altivo y demasiado pagado de sí mismo. Pero ahí estaba, en mi sueño. Levanté la mirada del escritorio y le dije: "Larry, ¡eres tú! ¡Has resucitado!". Asintió con mucha calma. Había venido a verme. Le pregunté si podía preguntarle sobre eso. Sobre la muerte, quiero decir. Sonrió

jocosamente, un poco de más, ahora que lo recuerdo, y volvió a asentir. Creo que en ese momento del sueño me di cuenta de que estaba soñando. ¿Sabes cómo es? El caso es que pensé: *sigue, a ver qué puedes descubrir.* Así que le hice varias preguntas: ¿cómo es la muerte? ¿Deberíamos tener miedo? ¿Es tal como esperamos que sea...? Ese tipo de cosas. Me las respondió, pero muchas de las respuestas eran vagas y confusas. Las formulé de otra manera y él me respondió de otra manera, que en un principio me pareció más clara pero que al final resultó no serlo. No era más que lo mismo dicho de otra manera. No resultó de gran ayuda, a decir verdad.»

Le pregunté si había aprendido algo de ello.

Él miró a Miep. A pesar de su taciturnidad y del inacabable parloteo de él, estaba claro que había un estrecho aprecio y una gran proximidad entre aquellas dos personas tan marcadamente distintas. Era una mirada de amor, pero también era mucho más. Estaba claro que ambos sabían cosas del otro que estaban ancladas en lo más hondo de su ser. Podían haberse conocido la semana anterior o llevar juntos veinte años, pero esa mirada contenía lo que todos buscamos en los demás. Ella asintió en señal de aprobación, pero, tras un instante, él dijo: «Me... me temo que no te lo puedo decir».

«Oh, Ian», dijo ella mientras extendía la mano sobre la mesa para posarla sobre su mejilla. Imagínate un haz de luz que cruzara la mesa de un lado a otro, excluyéndolo todo salvo a ellos dos. Eso es lo que Caitlin y yo sentimos al verlos. Lo que más me sorprendió fue que era la primera vez que Miep expresaba un sentimiento real hacia su pareja. De repente hubo tanta intensidad emocional que resultó embarazoso.

«Ian, tienes razón. Lo siento. Tienes toda la razón». Volvió a recostarse en su silla y siguió mirándolo. Él se volvió hacia mí y dijo: «Lamento parecer grosero, pero comprenderás por qué no puedo decirte nada cuando termine.

»Perdón, pero antes de seguir... Me cuesta hablar de esto, así que tendré que tomarme otra copa. ¿Alguien quiere algo?».

Nadie quiso, así que se levantó y se dirigió a la barra. La mesa permaneció en silencio durante su ausencia. Miep no apartó la mirada de él. Caitlin y yo no sabíamos dónde mirar hasta que regresó.

«Bueno... He llenado el depósito y estoy listo para seguir. ¿Sabéis lo que se me ha pasado por la cabeza mientras estaba en la barra? Una vez atravesé Austria en coche y me entró la risa tonta al leer una señal que indicaba el pueblo de Mooskirchen. Recuerdo que pensé que la traducción literal

sería "Iglesia del Alce". Entonces me dije: *¿y por qué no?* La gente adora todo tipo de cosas en este mundo. ¿Por qué no iba a poder existir una iglesia dedicada a los alces? O, mejor aún, toda una religión para ellos, ya sabéis.

»Creo que me estoy enrollando, ¿no? Es que se trata de una historia terriblemente difícil de contar para mí. Lo gracioso es que, cuando acabe, pensaréis que estoy tan chalado como los adoradores de los alces, ¿eh, Miep? ¿No pensarán que estoy como una regadera?»

«Si te entienden, sabrán que eres un héroe.»

«Sí, bueno. No os toméis a Miep demasiado en serio, amigos. Es callada, pero a veces demasiado sensible para algunas cosas. Permitidme que siga y juzgad por vosotros mismos si soy un loco o, je je, un héroe.

»A la mañana siguiente del primer sueño, entré en el cuarto de baño y empecé a quitarme el pijama para ducharme. Me quedé de una pieza al verlo...»

«No se lo cuentes, Ian, ¡enséñaselo! ¡Enséñaselo para que lo vean por sí mismos!»

Lenta y tímidamente, empezó a subirse la camiseta. Caitlin lo vio primero y se quedó boquiabierta. Supongo que yo también abrí la boca cuando me llegó el turno. Desde su

hombro izquierdo hasta el pezón izquierdo había una cicatriz monstruosamente profunda. Se parecía mucho a la que le quedó a mi padre en medio del pecho después de pasar por una operación a corazón abierto. Era una cicatriz enorme y de un obsceno rosa brillante. Era la forma que su cuerpo tenía de decir que jamás lo perdonaría por haberle hecho tanto daño.

«Oh, Ian, ¿qué te ha pasado?» La dulce Caitlin, el corazón más bondadoso del mundo, extendió involuntariamente la mano para tocarlo, para reconfortarlo. Cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo, retiró el brazo, pero la expresión de simpatía seguía enmarcando su cara.

«No pasó nada, Caitlin. No me he hecho algo así en la vida. Nunca he estado en un hospital, ni me he operado. Le hice unas preguntas a la Muerte, y cuando desperté a la mañana siguiente, estaba ahí.» No nos dejó que examináramos la cicatriz con más detenimiento. Volvió a taparse rápidamente con la camiseta.

«Te lo he dicho, Ian, puede que sea algún tipo de don.»

«No es ningún don, Miep. ¡Me duele horrores y ya no puedo mover bien el brazo izquierdo! Lo mismo que me pasa con el pie y la mano.»

¿De qué estaban hablando?

Ian cerró los ojos y trató de continuar, pero no pudo. Empezó a balancearse adelante y atrás, con los ojos cerrados.

Miep tomó la palabra: «La noche antes de conocernos, Ian tuvo otro sueño y ocurrió lo mismo. El tal Larry volvió a aparecer e Ian le hizo unas cuantas preguntas sobre la muerte. Sin embargo, esta vez las respuestas resultaron más claras, aunque no todas. Dijo que al despertarse empezó a comprender cosas que antes no entendía. Cree que por eso la cicatriz de la palma de la mano es más pequeña; cuanto más comprende de un sueño, menores son los efectos secundarios. Hace unas cuantas noches, tuvo otro sueño, pero se despertó con un gran corte en la pierna. Era mucho más grande que el de la mano».

Ian dijo algo con un hilo de voz. Su tono era más suave..., como desinflado. «Te dice todo lo que quieres saber, pero tienes que comprenderlo. Si no..., te hace esto hasta que aprendes a tener más cuidado con lo que preguntas. El problema es que, cuando empiezas, ya no puedes parar de preguntar. En la mitad de mi segundo sueño, le dije a Birmingham que quería parar; tenía miedo. Me dijo que no podía.

»El juego definitivo de las veinte preguntas, ¿eh? Gracias a Dios que Miep está aquí. ¡Gracias a Dios que me creyó! Mirad, esto

me debilita horrores. Puede que esa sea la peor parte. Después de los sueños llegan las cicatrices, pero lo peor de todo es que cada vez estoy más débil y puedo hacer menos. Apenas puedo salir de la cama. Por lo general, mejoro a medida que avanza el día... Pero sé que va a peor. Y un día no... Sé que si Miep no estuviese aquí... Doy gracias a Dios por haberte enviado, Miep.»

Más tarde logré convencerlo de que nos enseñara la cicatriz de la mano, que en nada se parecía a la del pecho. Esta era blanca y parecía tener varios años de antigüedad. Describía una diagonal sobre su palma, y recuerdo haber pensado en su momento, la primera vez que nos vimos, que la movía de una manera rara, lenta y torpe. Ahora sabía por qué.

Es muy raro, hermana. ¿Qué se hace en una situación así? Cuando la mitad del cerebro cree que es una locura, pero la otra se estremece porque puede ser real. No nos pidieron nada, aunque dudo mucho que hubiera algo que pudiéramos hacer. Pero de aquella noche en adelante, cada vez que veía a McGann o pensaba en él, mejor me caía. Fuera el que fuese su problema, se trataba de algo terrible. Unos sueños dementes o la propia Muerte iban a por él, y estaba en las últimas. Pero, con todo, no dejaba de ser un aburrido. Un aburrido amable y con buenas

intenciones que, a pesar de su agonía, permanecía fiel a sí mismo. Eso es coraje auténtico. Lo que quiero decir es que pocos se lanzarían a un edificio en llamas para salvar a otros...Al menos yo no lo haría.

Dos días después, Caitlin y yo decidimos marcharnos. Ya habíamos tenido suficiente y el sitio había dejado de divertirnos. Hicimos las maletas y pagamos la factura en cuestión de hora y media. A ninguno de los dos nos gustan las despedidas y, como puedes imaginarte, la historia de McGann nos había espantado. No es que sea algo precisamente fácil de creer, pero si hubieras estado allí aquella noche y hubieses visto sus caras, oído sus voces y la convicción que transmitían, entenderías por qué nos sentíamos incómodos en su presencia. Entonces ocurrió que, mientras enfilábamos el coche, nos topamos con Miep, que venía a las oficinas a toda prisa.

Estaba claro que algo iba mal.

«Miep, ¿estás bien?»

«¿Bien? Oh, bueno, no. Ian no... Ian no está bien.»

Estaba muy preocupada y sus ojos miraban en todas direcciones, menos la nuestra. Un destello de recuerdo refulgió en ellos y la tranquilizó un poco. Supongo que recordó lo que su hombre nos había contado la noche anterior.

«Ha tenido otro sueño, después de volver de la playa. Solo se echó unos minutos, pero cuando despertó...» En lugar de proseguir, dibujó una línea imaginaria en su bajo vientre. Sin perder un momento, Caitlin y yo le preguntamos qué podíamos hacer. Creo que hicimos ademán de dirigirnos a su *bungalow*, pero Miep lanzó un sonoro «¡no!» con todas sus fuerzas y no pudimos hacer nada para convencerla de que nos dejara echarle una mano. Si es que esto era posible. Lo que más me impresionó fue su cara. Una vez que estuvo segura de que no intentaríamos interferir, volvió la mirada hacia su casa, donde estaba Ian, con una mezcla de miedo y esplendor. ¿Era verdad? ¿Volvía a estar allí, herido por la muerte una vez más, herido porque no había comprendido las respuestas a sus preguntas? Quién sabe.

En el barco que nos llevaba de vuelta al continente, recordé lo que había dicho la noche anterior sobre la Iglesia del Alce y el derecho de la gente a adorar lo que le pareciera. Esa, precisamente, era la mirada que se veía en los ojos de su novia; la mirada de alguien que ha presenciado tanto una verdad como la respuesta a las preguntas de la vida. O la muerte.

Siempre tuyo,

Jesse

Bajé la carta, cerré los ojos y esperé a que dijera algo.

—Bueno, ¿qué opinas, Wyatt?

La miré, pero el sol de la mañana estaba justo sobre su cabeza, como una incandescente corona amarilla. Tuve que entornar los ojos para atisbar sus rasgos.

—Creo que es intrigante.

—¿Qué quieres decir con «intrigante»? ¿Es que no te lo crees?

—Claro que sí. Ese ha sido mi problema durante años: la credulidad. A veces pienso que no es la leucemia lo que me está matando, sino la credulidad terminal. La esperanza terminal.

—No tiene gracia, Wyatt. Esa podría ser la solución, lo que podría salvarte. ¿Por qué no te muestras un poco más...?

—¿Más qué? ¿Emocionado? Sophie, tengo cáncer. Me han asegurado que voy a morir, que no me queda mucho tiempo. Dios me está haciendo un gran favor al dejarme ver siquiera este día. ¿Tienes idea de cómo es vivir cada minuto con eso en la cabeza?

»Al principio, cuando me enteré de que estaba enfermo, sentí un montón de cosas que sencillamente han desaparecido. Me despertaba cada mañana llorando. Pasé por una etapa en la que miraba el mundo con el doble de entusiasmo porque sabía que no volvería a verlo. Mi vida se convirtió en una película en tres dimensiones; hacía que todo sobresaliese e importase. Pero incluso eso se apaga al cabo del tiempo, por extraño que parezca.

»He leído sobre una mujer en Nueva York a quien le habían robado el bolso. Qué mala suerte, ¿eh? Pero,

¿sabes qué más hizo el ladrón? Empezó a enviarle sus cosas de vuelta, una a una, en las ocasiones especiales de la vida de la mujer. En el bolso tenía un Filofax en el que había apuntado la fecha de su aniversario, los cumpleaños de sus hijos y cosas así. Así que, en su primer cumpleaños tras el robo del bolso, se encontró en el buzón su carné de conducir junto con una tarjeta de felicitación del ladrón. Lo siguiente fue su certificado de nacimiento. Y así siguió. Una historia perversa, pero igualmente curiosa, ¿no? El hombre quería asustarla. Había dado con la mejor forma de atormentarla durante años. No quería robar el bolso, sino meterse en su vida como una garrapata.

Sophie meneó la cabeza, pero también sonrió, como si supiera algo que yo no sabía. Seguía sonriendo cuando habló:

—También es casi *sexy* si piensas en ello: tanta atención y tiempo invertidos... ¿Cuántos cacos se tomarían la molestia de robarte el bolso y luego mandarte una tarjeta de cumpleaños?

Sabía que podía contar con que mi amiga me comprendiera.

—Eso es exactamente lo que quiero decir. La muerte es como el ladrón y eso es lo más perverso, joder. Te quita cosas, pero luego te las va devolviendo una a una para que estés confundido y esperanzado a la vez. Si me va a robar el bolso, pues que se lo quede y salga de mi maldita vida. Que no me mande de vuelta las viejas tarjetas de crédito o el carné que ya he renovado.

»Leí una carta como esta, o quizá era un artículo en un periódico, sobre un médico en Osaka que dice haber

descubierto una cura para el cáncer en un derivado de los pipos de las ciruelas... Ya no quiero tener más esperanza. No quiero creer que en alguna parte del mundo hay una cura, una respuesta o un gurú que podrá llevarse mis miedos. Ahora lo que querría es aprender a morir.

Ella me miró disgustada.

—«Tu tarea es descubrir lo que el mundo trata de ser.» ¿Qué ha pasado con eso, Wyatt? Fuiste tú el que me dio ese poema. ¿Acaso aprender a morir también implica aprender a dejar de vivir?

—Quizá.

—Entonces puede que estés lleno de mierda. No creo que esta sea la forma en que Dios quiere que lo hagamos, y no me refiero a decir tranquilamente un «buenas noches». No estoy pasando por lo mismo que tú, lo admito, por lo que puede que no tenga ningún derecho a hablar sobre ello, pero pienso hacerlo de todas formas. La única manera de vencer al ladrón de bolsos es salir en su busca. Encontrarlo, enseñarle tu cara y decirle: «Te he encontrado y ya no me puedes asustar». Si la Muerte sigue torturándote, devolviéndote cosas que creías haber perdido, entonces sal a su encuentro y dile que pare. Creo que se aprende a morir... Oh, mierda.

Había dejado de mirarla mientras me echaba aquella reprimenda, así que no me di cuenta de que estaba llorando hasta esa palabra. Su cara estaba empapada en lágrimas, pero sus ojos destilaban furia.

—En cuanto terminé de leer la carta te llamé. Estaba muy emocionada. Si pudieras encontrar a ese Ian...

¡Puede que él tenga la respuesta! ¿Es que no te interesa lo más mínimo?

—Claro que sí, pero puede que encontrar la respuesta no implique encontrar la cura a mi enfermedad. —Cogí el vaso de zumo de naranja y tomé un largo trago. Sophie siempre exprimía su propio zumo, y siempre estaba delicioso. Zumo de naranja fresca, ácido y lleno de pulpa fibrosa que estalla con su propio sabor cuando la masticas.

—¿Wyatt?

—¿Mmm?

—¿Cómo es? —Por el tono de su voz, estaba claro a qué se refería.

Mientras daba vueltas al vaso entre las manos, dejé que mi mirada se perdiera en el remolino naranja.

—Conocí a una mujer joven la última vez que recibí el tratamiento. No debía de tener más de veinticinco años. El cáncer de garganta se le había extendido al pecho... Qué cosas. Me habría engañado si yo no hubiese sabido qué buscar, porque había aprendido a disimularlo muy bien. Tenía todo el pelo, o al menos una buena mata, y no poco color natural en las mejillas. Pero esa es otra cosa que aprendes a reconocer: lo real y lo maquillado, las pelucas y las sesiones de bronceado... Me dijo que lo único que podía hacer era esperar los resultados de su tratamiento e imaginar formas de engañar al mundo para que pensase que seguía siendo una de ellos. Sana, entera, un auténtico ser humano. Porque esa es una de las cosas que aprendes cuando enfermas.

»¿Que cómo es? Que te dé un cáncer o algo igualmente mortal y no tardarás en aprender cómo funciona la